

del arte. Hay demasiado encanto y demasiado azúcar en estos sentimientos, «todo por el prójimo» y «nada para mí», para que no se sienta la necesidad de desconfiar y de preguntar si habrá en esto algún fin de atraer con cebo. El agradar tales sentimientos á los que de ellos sacan utilidad, ó también al sencillo espectador, ¿no es ya esta una buena razón para estar en guardia? ¡Seamos pues cautos!

34. Desde cualquier punto de vista filosófico que se quiera considerar el mundo en que creemos vivir, la cosa más segura y más estable es su erroneidad; en confirmación de esto militan muchas razones, las cuales nos incitan á conjeturar que hay un principio engañador en la «esencia de las cosas».

Y todo aquel que hace responsable á nuestro pensamiento, y, por tanto, á nuestro espíritu de la falsez del mundo (digna escapatoria, á la cual debe llegar todo consciente ó inconsciente *advocatus Dei*), y que supone que comprendemos mal á este mundo, al espacio, al tiempo, á la forma, al movimiento, debe hallar en esto mismo un buen motivo para desconfiar del pensar en general. ¿Por ventura no ha cometido muchos errores nuestro pensamiento? Y ¿quién nos garantiza que no continuará errando? Mas hablando en serio, la ingenuidad de los pensadores tiene en sí algo que conmueve é inspira respeto, aquella ingenuidad que les permite todavía en nuestros tiempos encararse con la conciencia y rogarla que dé respuestas «sinceras», por ejemplo, si ella es *real* y por qué huye tanto del mundo exterior. El creer en las «certezas inmediatas» es una ingenuidad *moral* que no hace honor á los filósofos; pero ya es tiempo de no ser *solamente* hombres morales. Abstrayendo de la moral, aquella creen-

cia es una estupidez que nos hace poco honor. Aun admitiendo que en la vida burguesa la continua desconfianza pueda ser indicio de «mal carácter», y sea, por consiguiente, una cosa imprudente, sin embargo, aquí entre nosotros, más allá del mundo burgués y de sus «sí» y «no», ¿qué es lo que puede impedirnos ser imprudentes, y decir: El filósofo tiene hasta el derecho de disfrutar de un «mal carácter»; porque es el ser más veces engañado sobre la tierra, tiene el deber de ser desconfiado y de mirar de reojo, como si saliera de los abismos de la sospecha. Se me perdona esta chanza; ya que aprendí á pensar de muy diverso modo acerca del engañar y del ser engañado, debo estar libre del furor ciego de los filósofos que no quieren engañarse. Y ¿por qué no? Que la verdad valga más que la apariencia no es un mero prejuicio moral, sino que es también la suposición menos probada del mundo. Tengamos el valor de confesarnos á nosotros mismos que ninguna vida podría existir si no se basara en estimaciones y apariencias visuales. Y si algún día, con el virtuoso y enfermizo entusiasmo de algunos filósofos, se quisiera abolir del todo el «mundo de las apariencias», pues bien, admitiendo que podáis, no quedaría de vuestra «verdad» sino un exacto «nada». Y, por otra parte, ¿por qué razón admitís que haya una contradicción esencial entre lo «verdadero» y lo «falso»? Basta admitir diferentes grados de apariencia, sombras más ó menos espesas, diferentes «valores». ¿Por qué el mundo, que tanto nos importa, no habrá de ser una ficción? Y á quien objeta que para toda ficción se requiere un autor, ¿no se le podría responder francamente: *Por qué?* Este «se requiere», ¿no podría ser también una ficción? ¿No podremos burlarnos un poco del sujeto, como nos burlamos del predicado y

del objeto? ¿No podrá el filósofo elevarse sobre la ciega fe de la gramática? Estimo mucho á los hombres superiores; pero, ¿no sería ya el momento de renunciar á jurar *in verba magistri*?

35. ¡Oh, Voltaire! ¡Oh, humanidad! ¡Oh, imbecilidad! La «verdad», la *investigación* de la verdad, he aquí cosas bien difíciles; y si el hombre obra con demasiada humanidad, «si busca la verdad para hacer el bien», os apuesto á que no halla nada.

36. Admitiendo que nada nos sea «dado» de real, fuera de nuestro mundo interno de deseos y de pasiones, y que no podamos elevarnos ni bajarnos á ninguna otra «realidad», que no sea la de nuestros instintos—ya que el pensar no es otra cosa que la relación de varios instintos entre sí—¿por qué no sería permitido hacer una prueba, y preguntarnos si este «dato» será *suficiente* para comprender por nosotros mismos el mundo llamado mecánico ó «material»?

No pretendo entenderlo como una «ilusión», una «apariencia», una «representación» (en el sentido de Berkeley y de Schopenhauer), sino en el sentido de que sea igualmente «real» que nuestras mismas emociones, que sea una especie de forma más primitiva del mundo de las emociones, en el cual todo está todavía encerrado en una potente unidad, como para diferenciarse y transformarse después (y, por tanto, sutilizarse y debilitarse), mediante el proceso orgánico—una especie de vida impulsiva—en la cual, todas las funciones orgánicas que por sí mismas se regulan, la asimilación, la nutrición, la eliminación, la transmutación de la materia, existan todavía ligadas sintéticamente como una *preforma* de la vida. Y no sólo es

permitido, sino que es un deber, desde el punto de vista de la honradez del método, el acometer tal empresa. Es un deber no aceptar muchas especies de causalidad, sino cuando se haya llevado al último límite (aun al absurdo, dicho sea con licencia), la empresa de explicarlo todo con una sola; tal es la moral del método, á la cual es hoy imposible sustraerse; esto se sigue de su «definición», como diría un matemático. La cuestión consiste en esto: si nosotros reconocemos la voluntad como *eficiente*, si creemos en la causalidad de la voluntad (y creer en esto, equivale á creer en la causalidad general), *debemos* intentar el admitir como hipótesis la causalidad única de la voluntad. Es muy natural que la «voluntad» no pueda obrar, sino sobre otras «voluntades», y no ya sobre la «materia», (por ejemplo, sobre los «nervios»); en una palabra, es necesario tener el valor de admitir la hipótesis, de que dondequiera que haya «efectos», se trata de una voluntad que obra sobre otra voluntad, y que todos los hechos mecánicos, en cuanto debidos á una fuerza activa, no son sino fuerzas de voluntad, efectos de voluntad. Supuesto, finalmente, que se llegase á explicar toda nuestra vida impulsiva como una evolución y diferenciación de una sola forma fundamental de la voluntad, es decir, de la voluntad de dominar, como yo sostengo; y suponiendo que se pudiese referir todas las funciones orgánicas á esta voluntad de dominar, y que en ella se pudiese descubrir también la solución del problema de la generación y de la nutrición (porque también esto es un problema), habríase conquistado el derecho de poder determinar á toda fuerza agente con una sola definición; la voluntad de la dominación. El mundo visto desde nuestro interior, el mundo determinado y definido en su «carácter inteli-

gible», sería justamente «la voluntad de la dominación», y nada más que esto.

37. Pero ¿cómo? ¿En lengua vulgar no significaría esto: Dios es refutado y el diablo no? ¡Al contrario. Al contrario, amigos míos! Y por lo demás, ¿qué diablos os obliga á hablar en lengua vulgar?

38. A la revolución francesa, farsa terrible é inútil, considerada de cerca, le tocó la suerte en los tiempos modernos, porque todos los espectadores sentimentales y generosos de Europa la prestaron á porfía la belleza de sus propios entusiasmos, hasta el punto de que *el texto desapareció bajo la interpretación*. La misma suerte podría tocar á nuestros venideros, esto es, entender falsamente todo el pasado y hacer soportable su aspecto. Pero ¿no sucede ya esto? ¿No somos nosotros mismos tales «venideros generosos»? ¿No desaparece lo pasado á medida que comenzamos á comprenderlo?

39. Nadie tendrá por verdadera una doctrina, solamente porque nos haga felices ó virtuosos, exceptuando los graciosos idealistas que se entusiasman por lo bueno, por lo verdadero y por lo bello, y que en un mismo estanque hacen nadar deseos de toda especie: maliciosos é ingenuos. La felicidad y la virtud no son argumentos. Mas por otro lado, se olvida también que la desgracia y la maldad tampoco son argumentos. Una cosa puede ser verdadera, aunque haya de ser peligrosa en grado sumo; es decir, puede ser una condición fundamental de la existencia la de ser necesario perecer por haber llegado al pleno conocimiento de las cosas; de modo, que la robustez de una mente

se mediría por el grado de «verdad» que fué capaz de sostener, ó, más claro, por el grado en que tuvo que diluir la verdad, endulzarla, velarla, amortiguarla, falsearla. Mas está fuera de duda que para el descubrimiento de algunas *partes* de la verdad, los malos y los desgraciados son más privilegiados y tienen mayor probabilidad de éxito, sin hablar de los malos que son felices, una especie que los moralistas pasan en silencio. Tal vez la dureza y la astucia son condiciones más favorables para la formación de un espíritu robusto é independiente en el «filósofo», que cuanto puedan serlo la *bonhomie* y el arte muelle y placentero de tomar á la ligera las cosas, arte que se admira y se precia con razón en el hombre de ciencia. Y, por supuesto, no debe aquí restringirse el concepto «filósofo» solamente al filósofo que escribe libros, y menos al que estampa en los libros su *propia* filosofía. Un último rasgo para completar la figura del filósofo liberal, nos los da Stendhal, y yo no dejaré de subrayarlo por lo mismo que va contra el gusto alemán: «*Para ser buen filósofo—dice el último grande psicólogo—es necesario ser seco, claro, sin ilusiones. Un banquero que hizo fortuna, tiene una parte del carácter que se requiere para hacer descubrimientos en filosofía; es decir, para ver claro en aquello que es.*»

40. Todo lo que es profundo gusta de enmascarse; y las cosas más profundas hasta odian la imagen y la semejanza. ¿No sería tal vez el contraste la verdadera forma de vestido que preferiría el pudor de un Dios? He aquí una pregunta bien importante, y sería curioso que ningún místico hubiera hecho tal tentativa. Hay procedimientos tan delicados que se obrará muy sabiamente escondiéndolos bajo una más-

cara de brutalidad para hacerlos incognoscibles; hay acciones inspiradas de tanto amor y de tan exuberante generosidad, que sería necesario hartar de bastonazos á quien hubiere sido testigo ocular de las mismas; con esto se enturbiaría su memoria. Y aún algunos conocen el arte de enturbiarse á sí mismos la memoria y de maltratarla, para vengarse de este único cómplice de sus acciones. Es muy ingenioso el pudor. Y no son las cosas peores aquellas de que se tiene más vergüenza; detrás de una máscara no hay solo perfidia, también puede haber bondad astuta. Yo me imaginaria á un hombre pudoroso como un tesoro precioso y frágil que atravesara por el mundo encerrado en una gran cuba de vino; así lo exige la delicadeza del pudor. Un individuo, cuyo pudor es profundo, halla sus destinos y sus más importantes resoluciones en caminos inaccesibles para los demás, y cuya existencia ignoran hasta sus amigos más íntimos; les oculta sus peligros mortales y también la reconquistada seguridad de vida. Semejante ser misterioso, que instintivamente se sirve de la palabra para callar y para disimular, y que es inagotable en medios de sustraerse á las respuestas, *quiere* y procura que en lugar de su persona se imprima su máscara en la mente y en el corazón de sus amigos; y aun suponiendo que no quiera, algún día verá que su máscara existe y que es bien que exista. Toda mente profunda necesita de una máscara; en torno de una mente profunda se va formando sin cesar una máscara, gracias á la interpretación constantemente falsa y superficial de todas sus palabras, de todos sus pasos, de toda señal de vida que de él emane.

41. Es menester demostrarnos á nosotros mismos,

en tiempo oportuno, que estamos destinados para ser independientes, para dominar. Es necesario no evitar esta demostración por peligrosa que sea; es necesario pasar por estos exámenes, aun cuando los hagamos nosotros mismos y no haya ningún otro juez. No toméis afección jamás á una persona, aunque sea la más querida: toda persona es una prisión, un vínculo. No toméis afección á la patria, aunque sea la más desgraciada y la más necesitada de ayuda: más fácil sería apartar el corazón de una patria victoriosa. No os aficionéis á la compasión, ni aunque sea para con los hombres superiores, cuya ruina os ha permitido conocer su interno martirio y su impotencia para la defensa. No os aficionéis á la ciencia, por muy admirables descubrimientos que pueda daros, reservados en apariencia para nosotros. No os aficionéis á la idea de vuestra propia libertad, del retiro, de la inaccesibilidad del pájaro, que vuela cada vez más alto para ver cada vez más cosas debajo de sí: hay un peligro común á los que vuelan. No os aficionéis á vuestras propias virtudes, porque correréis tal vez el riesgo de que vuestro ser complejo venga á ser víctima de una de sus partes; por ejemplo, de vuestra «hospitalidad», que es el mayor peligro de las almas nobles y generosas, las cuales se entregan con pródiga indiferencia y exageran la virtud de la liberalidad hasta convertirla en vicio. Es necesario saber *guardarse*: he aquí la prueba más fuerte de independencia.

42. Ved que viene una nueva especie de filósofos: ardo en deseos de bautizarlos con un nombre peligroso. Según yo adivino, según ellos mismos dejan adivinar (porque la especialidad de estos filósofos es *querer* ser siempre enigmáticos en todo), estos filósofos

del porvenir podrían llamarse, con razón ó sin ella, «tentadores». Este nombre, al fin y al cabo, no es más que una tentativa, ó, si se quiere, una tentación.

43. ¿Son amigos de la «verdad» estos filósofos que vienen? Es probable; porque, hasta ahora, todos los filósofos amaban sus propias verdades. Mas, de cierto, no serán dogmáticos.

Sentiríanse contrariados en su orgullo y también en su gusto, si su verdad estuviese al alcance de todos, como fué hasta ahora el íntimo deseo y el sentido recóndito de todas las aspiraciones dogmáticas. «Mi juicio es mío, y los demás no tienen derecho á él», dirán tal vez los filósofos del porvenir. Menester es librarse del mal gusto de querer andar al paso de la multitud.

La palabra «bien» no suena lo mismo en mi boca que en la del vecino. ¿Cómo, pues, podrá darse un «bien común»? Esta palabra se contradice á sí misma: lo que es común, poco vale. Al fin y al cabo, las cosas deben ser como son y como siempre fueron: las cosas grandes, reservadas á los hombres grandes, los abismos á las profundidades, las dulzuras y espasmos á los refinados, en suma, todo lo que es raro, á los que son raros.

44. ¿Será necesario que después de esto añada que también los filósofos del porvenir serán espíritus libres muy libres, y tanto, que ya no serán espíritus libres, sino algo más, mucho más elevado, algo muy diverso, que no podrá ser confundido ni cambiado?

Empero, al decir esto, mirándoles á ellos y mirando á nosotros, veo que somos sus heraldos, sus precursores, nosotros, también espíritus libres, y que tenemos

el deber de alejar de nosotros un antiguo prejuicio, un equívoco que llenó de espesa niebla el concepto «espíritu libre».

En todos los países de Europa y de América hay quien abusa de aquel nombre, hay una especie de espíritus muy estrechos, encarcelados, encadenados, los cuales quieren lo contrario de lo que nosotros queremos, y ante los hombres del porvenir parecen puertas cerradas y ventanas tapiadas. Pertenecen á la especie de *niveladores*, falsamente llamados, espíritus libres, no siendo más que esclavos elocuentes y peritos en el arte de escribir al gusto democrático, y según las «ideas modernas» que de él se derivan; hombres todos que ignoran la soledad, la soledad del alma; jóvenes bonachones é incautos, á los cuales no negamos ni el valor ni las buenas costumbres, pero que no son hombres libres, sino antes bien, superficiales hasta el ridículo, sobre todo, por su fundamental inclinación á ver en las formas de la actual vetusta sociedad la causa de toda miseria humana y de todo mal éxito: de modo que invierten la verdad. Tienden con todas sus fuerzas al contentamiento universal de los rebaños en el prado; tienden á procurar á cada ciudadano una vida segura, exenta de peligros, cómoda y fácil; sus más frecuentes estríbillos son «igualdad de derechos» y la «compasión de todos los dolores», y hasta dicen que debiera abolirse el sufrir.

Nosotros, por el contrario, que nos hemos hecho un ojo y una conciencia para responder á la cuestión «dónde y cómo nació y creció más vigorosa la planta *hombre*», creemos que ha sido en condiciones opuestas, y que para llegar á este fin debieron aumentarse monstruosamente las dificultades de su situación; que la imaginación del individuo, su simulación (su «espí-

ritu») bajo una larga opresión, hubieron de desarrollar finura y audacia, y que la voluntad de vivir hubo de sublimarse hasta ser voluntad de dominar: nosotros creemos que la dureza, la violencia, la esclavitud, los peligros externos é internos, el estoicismo, las artes diabólicas y tentadoras de mala especie, que todo el mal, todo lo terrible, todo lo tiránico, toda la brutalidad de los animales rapaces, toda la perfidia de serpiente que se halla en el hombre, todo esto ha contribuido á realzar y perfeccionar el tipo «hombre» tanto ó más que sus contrarios; y al decir esto, todavía no lo decimos todo, pero ya se ve que por lo que decimos y por lo que llamamos que nos encontramos en el polo *opuesto* de todas las modernas ideologías y aspiraciones pastoriles; ¡quizá seamos sus antípodas! ¿Y qué maravilla si nosotros, «espíritus libres», no somos precisamente los más locuaces y no deseamos publicar á cada momento *de qué cosa* puede librarse el espíritu y *hacia qué cosa* se siente empujado? Apelando á la peligrosa fórmula «más allá del bien y del mal», con la cual nos preservamos del riesgo de ser confundidos con los demás, conocemos ser algo *diverso* de los «librepensadores», ó como quieran llamarse estos abogados de las *ideas modernas*. Nosotros, dueños, ó por lo menos huéspedes, de muchas regiones intelectuales; huyendo siempre de los reductos enervantes y sin aire, en los cuales pugnan por meternos nuestras simpatías y nuestras antipatías, la juventud, el nacimiento, el acaso de los hombres ó de los libros, y hasta el cansancio de un largo viaje; llenos de malignidad contra los cebos de dependencia que se ocultan en los honores, en el dinero, en los cargos públicos y en los entusiasmos sensuales; agradecidos hasta con las necesidades y enfermedades, porque nos des-

cubrieron la posibilidad de librarnos de cierta regla y de sus «prejuicios anexos»; agradecidos á todo lo que en nosotros es Dios y demonio, oveja y gusano; curiosos hasta el vicio; investigadores hasta la crueldad; con dedos que palpan lo impalpable, con dientes y estómago que desafían las cosas más indigestas; prontos á toda obra que requiera sagacidad; prontos á todas las aventuras, gracias á un exceso de libre albedrío; llenos de almas y subalmas, cuyas últimas intenciones nadie penetra; con fondos y doblefondos, que ningún pie recorrería por completo; escondidos en la sombra en medio de la luz; conquistadores, aunque parezcamos herederos y disipadores; clasificadores y recolectores desde por la mañana hasta por la noche; avaros de nuestras riquezas y de nuestras arcas llenas; económicos en el aprender y en el olvidar; ingeniosos para inventar esquemas; orgullosos, á veces, por las tablas de categorías; pedantes otras veces; á veces buhos nocturnos del trabajo, aun en pleno día; sí, y aun si es necesario, espantajos también de pájaros; y hoy sí que es necesario: porque somos los amigos natos, jurados y celosos de la soledad, de nuestra interna soledad, lo mismo en la media noche que á medio día; ¡he aquí lo que somos nosotros, ¡espíritus libres! Y, por ventura, ¿no sois también algo de esto vosotros, oh nuevos filósofos, que estáis para venir? ✕